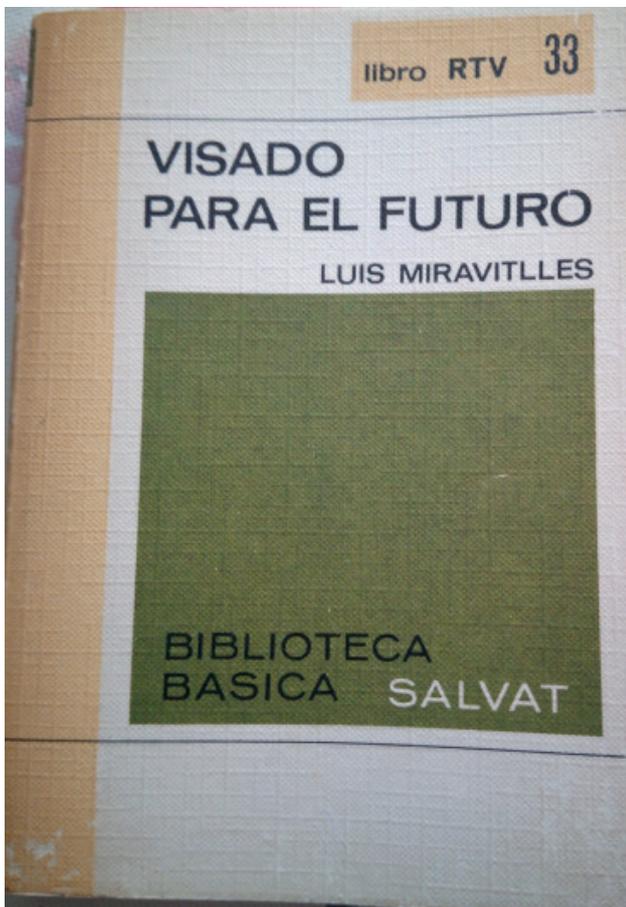




## ‘Visado para el futuro’: 50 años después

Jesús S. Giner  
*jsginer@gmail.com*



*Ejemplar de Visado para el futuro, publicado en 1969.*

Más de 50 años después de la publicación de este libro de Luis Miravittles (1969), tuve la fortuna de poder adquirirlo por apenas cincuenta céntimos en un mercadillo de Pedreguer. Lo leí como quien atiende a un oráculo, fascinado por sus predicciones, a veces arriesgadas, a veces prudentes. Medio siglo después, sigue siendo interesante.

Husmeando por la red encontré datos curiosos acerca del autor de este libro y su breve obra. Pertenece, como aparece en la cubierta, a una antigua colección de RTV (Radio Televisión Española), titulada *Biblioteca Básica Salvat*, que vería cómo poco después sería modernizada y reemplazada por otra de la misma editorial, estéticamente más conseguida (y en tapa dura), la clásica *Biblioteca Salvat de Grandes Temas*. De esta última, mis padres la conservaban completa, y uno de los primeros libros de astronomía que recuerdo haber leído es el correspondiente al *Sistema Solar*.

Pues, al parecer, de *Visado para el futuro* se vendieron, apenas salió a la venta, la espectacular cifra de 1,2 millones de ejemplares en nuestro país, un auténtico *best-seller* de la divulgación científica... Podría resultar chocante una cantidad tan abrumadoramente alta para una obra de no ficción, pero es que la cosa tenía *truco*. Al igual que sucedería, una década después, con Carl Sagan y *Cosmos*, cuyo libro en papel era posterior a la serie televisiva (y que, por tanto, aprovechó su tirón para aumentar muy significativamente las ventas), el caso que nos ocupa también era una especie de resumen o síntesis de lo que el profesor Miravittles había ido explicando en sus programas televisivos de *Visado para el futuro*, que por aquel entonces realmente tuvo un éxito extraordinario en nuestra sociedad. Tampoco hay que olvidar que el ser humano acababa de pisar la Luna, con la explosión de interés por la exploración espacial y nuestro futuro que ello conllevaba, y que *Visado* recogía a partes iguales.

No cabe duda de que si *Cosmos* excitó y estimuló a tantos jóvenes (y no tan jóvenes...) a aprender ciencia a lo largo y ancho de todo el mundo, *Visado* hizo lo propio dentro de las pequeñas fronteras nacionales. El eslogan que arrancaba con el programa, “saber es útil, soñar es necesario, imaginar es imprescindible”, aún hoy enciende algo en nuestro interior y nos anima a querer saber más. Tuvo tanto éxito que, de hecho, *Visado* fue traducido a varios idiomas. Seguro que algunos de nuestros socios de la AAS más “experimentados” recuerdan su pase por la televisión española...

Luis Miravittles no era un principiante en la divulgación. Entre 1959 y 1971 fue el comentarista científico de Televisión Española, logrando mucha popularidad gracias a programas como «Nueva Epoca», «La Fronteras de la Ciencia» o el que nos ocupa hoy. Realizó galardonados documentales científicos, que compaginaba con su labor docente como profesor de Bioquímica y Geología en la Universidad de Barcelona, entre 1952 y 1971. También fue miembro, desde 1968, de la Comisión Especial de Selenografía de la NASA, entre otros cargos.

*Visado para el futuro*, el libro, se dividía en cinco partes: *Alicia en el país del Universo*, *La rebelión de las máquinas*, *El increíble mundo animado*, *La vida en el tubo de ensayo* y *El hombre*. Aquí vamos a hacer un breve recorrido por algunas afirmaciones y datos que son curiosos y, pensamos, quizá merecen ser comentados.



LUIS MIRAVITILLES, presentando “*Visado para el futuro*”, en TVE.

Empieza Miratvilles preguntándose si el universo es finito o infinito, y si la ciencia ya puede afirmar que es uno u otro. Señala (página 23) que hay que medir su densidad, y que para ello será necesario instalar telescopios en el espacio, algo que todavía entonces no se había llevado a cabo (la misión *Skylab*, por ejemplo, no estaría en órbita hasta 1973). Tras una serie de apartados cosmológicos, realiza la sorprendente afirmación (p. 39) de que el Sol es una estrella *joven*, casi como si tuviera la edad de un niño, y que sus “estallidos de fuego, explosiones de fuego y sus extrañas manchas” recuerdan al sarampión de los adolescentes. Es bien sabido, sin embargo, que el Sol es en realidad un astro más que madurito, y que ya ha llegado a la mitad de su existencia... Poco después (p. 43), se expone la posibilidad de que la emisión de Júpiter correspondiente al hidrógeno neutro pueda ser resultado de que “alguien” esté lanzándolas al espacio, y enlaza esta hipótesis con el hecho, igualmente sorprendente, de que el planeta gigante tiene “doce satélites conocidos con unas características similares a la de los auténticos planetas (masa, dimensiones y atmósfera). Desde luego las lunas galileanas son casi planetas en cuanto a su tamaño (Ganímedes y Calisto son mayor e igual que Mercurio, respectivamente, como sabemos), pero su masa es bastante inferior, porque están compuestos en buena parte por hielo, y ninguna de ellas tiene atmósfera destacable (y no habían sido detectadas en 1969). Además, no son doce, sino cuatro, las lunas mayores que semejan planetas; el resto son peñascos y lunas irregulares de apenas cientos de kilómetros de diámetro.

Como sucedió en la época, respecto a Marte se pasó de una exacerbada animación ante lo que el planeta podía ofrecer a una gran decepción tras la visita de las sondas *Mariner* 4, 5 y 7 (en 1965 y 1969, respectivamente, decepción que se transformaría nuevamente en asombro tras la *Mariner* 9, en 1973). Miravittles recoge este sentimiento de poco interés (p. 44), al cual vuelve (p. 48) para añadir que no entiende “cómo se ha podido alimantar siquiera una leve esperanza [respecto a la habitabilidad de Marte] durante más de cuatro años a partir del histórico vuelo del *Mariner* 4, en julio de 1965”. También recoge la hipótesis (p. 49), de moda tras su anuncio en 1966, de que Fobos, la luna de Marte, pudiera ser en realidad un satélite artificial lanzado “hace dos millones de años por una civilización marciana hoy extinguida”. Pero Miravittles es, con acierto, crítico con la idea (“sugestiva aunque un tanto fantasiosa teoría”). Pronostica con optimismo, eso sí, que la exploración de Marte será posible para los hombres hacia 1984. Ojalá se hubiera cumplido su predicción...

Esta decepción la contrapone a la “sobrenatural” capacidad de atraer que, por ejemplo, mostraba Saturno al telescopio (recordemos que el planeta anillado no sería visitado hasta 1979, cuando llegó a sus cercanías la sonda *Pioneer* 11). Respecto a Titán (p. 45), asimismo, recoge la fascinación que su atmósfera de metano “proporciona la esperanza [...] de que pueda ser el sucesor de la Tierra”. Y es algo que, en efecto, hoy se toma muy en serio...

Habla también de Venus (p. 46), y aunque menciona los datos actualizados en ese momento (340°C de temperatura superficial y 20 atmósferas de presión), resulta curioso comprobar que aún estaban lejos de los reales: 480°C de media y 90 atmósferas... Pero lo que choca aún más es su periodo de rotación: “de 8 a 10 días”. Tal valor, que ya sorprendía a Miravittles, es irrisorio comparado con el verdadero: 243 días. Me hubiera gustado ver su reacción al conocerlo...

Hay, aquí y allá, pequeños errores graciosos (como mencionar a los asteroides Palas y Juno como *Pala* y *Junón*, por ejemplo...), pero también maravilla comprobar que, en el mismo párrafo (p. 47) se habla de que “cientos de miles de estrellas que parecen guiñarnos el ojo pueden estar rodeadas de planetas en los que otras criaturas vivientes...”, un extremo que hoy, tras los miles de exoplanetas descubiertos, algunos de ellos parecidos a la Tierra, no parece en absoluto descabellado.

Fuera ya de la parte referida al universo, también realiza Miravittles otras incursiones acerca de cómo puede ser el porvenir. Habla del “superhombre” de Zamenhoff (p. 116), según el cual el hombre del futuro será “todo espíritu, todo cerebro”, y que no necesitará de su musculatura, y los sentidos captarán nuevos colores y sonidos. Le serán implantadas nociones durante su infancia que le permitirán ser un genio de la música o las matemáticas...

Desde luego, se trata de una perspectiva bastante inquietante, por no decir algo peor...

La hibernación (o, como la llamamos hoy, *crioconservación*), por su parte, podría ser ya una realidad hacia 2050 (p. 119), se afirmaba, y se calculaba también (p. 151) que en el año 2000 la población sería de unos 6.000 millones de personas, una cifra casi exacta a la real en aquel año (en 1969, recordemos, la población mundial era de unos escasos 3.800 millones).

Hay, igualmente, menciones a ciertas pseudociencias, como la telepatía (p. 168), y en tono tal vez demasiado optimista; de hecho, se concluye que “la aparición de un nuevo Einstein de la parasicología no puede tardar. La evolución de la ciencia lo requiere así”. Pues, 50 años después, no solo no ha aparecido ningún análogo del genio alemán en el ámbito pseudocientífico, sino que ni siquiera ha tenido ninguna evolución digna de estudio. Pero, eran otros tiempos... Los últimos párrafos hacen continuas alusiones a Teilhard de Chardin, un jesuita, filósofo y paleontólogo cuyas ideas estaban muy en boga entonces. Este afirmó (p. 174), que el hombre (y, es de suponer, también la mujer...) es insustituible como cumbre de la biogénesis, es decir, que si el hombre fracasa, el universo entero fracasará con él. El hombre es la forma más acabada y el mayor representante de la Vida, y no un producto fortuito de las fuerzas naturales.

Este antropocentrismo radical se enlaza con el intento, otro más, de buscar una finalidad cósmica a la existencia humana. Miravittles, a través de Teilhard, va concluyendo su obrita recogiendo sus palabras, muy retóricas y llenas de ampulosidad, según las cuales en el ser humano (p. 181) “lo

importante es el espíritu. Cada hombre tiene una misión asignada en la vida y ha de cumplirla a rajatabla, procurando ser el mejor en su especie”. De nuevo la mención a la teleología, como si todo estuviera destinado a un fin establecido y no nos fuera dado escoger o ir por nuestro camino, sea cual fuere este, si no tratamos de alcanzar la “perfección”.

triunfo de una obra casi perfecta” (p. 184). Dejando aparte estos últimos comentarios, influidos por la religión y el ansia de sentirnos especiales y con una grandeza ontológica inigualable, el librito del profesor Miratvilles es delicioso en muchos momentos. Obviamente somos muy ventajistas, analizando una obra publicada hace medio siglo y criticando su contenido a tenor de lo conocido hoy. Sin



*El plató de “Visado para el futuro”, programa realizado por TVE.*

Y, va finalizando, ya con sus propias palabras, Miratvilles: “¿Qué quedará de nosotros, de nuestra obra? Yo aconsejaría a aquellos que tienen hijos que meditaran por un momento en lo que representa su obra, que es una maravillosa continuidad. Aquellos que no los tienen deben aportar en cualquier otra forma su grano de arena al fenómeno de la evolución del hombre y del Universo. Lo único que no ha de estar permitido es cruzarse de brazos y vegetar. Se pierde así la condición más noble: la condición de hombre” (p. 182). Quizá lastrado aún por la presencia eminente de las enseñanzas católicas de la época, termina su obrita así: “Esta es, pues, nuestra esperanza. Una fe profunda en el destino espiritual del hombre. Una fe absoluta en el

embargo, sigue teniendo valor *Visado para el futuro*, y no es poco, en absoluto: escrito con una prosa agradable, sencilla y estimulante, abrió los ojos en su tiempo acerca del porvenir, de sus posibles logros y descubrimientos, y sus más que posibles peligros. Y, hoy, cinco décadas después, nos sirve para plantearnos también qué podrá suceder dentro de otro medio siglo, dónde estaremos, adónde habremos llegado y en qué nos habremos convertido.

Los peligros que acechan pueden ser aún mayores; pero los logros y descubrimientos que están por llegar seguro que no lo serán menos. ■